

La motivación

Conocí a Manuel Moreno Junquera “Moraíto chico” en la primavera de 1983. Actuaba en el marco de “La cumbre flamenca” en el teatro Alcalá, y me quedé impresionada con su toque. Ese mismo día le conocí en persona en el Candela, que era entonces el sitio donde las grandes figuras se daban cita después de los conciertos y fuera de ellos para encontrarse o reencontrarse lo que llevaba siempre, cuando el bar cerraba al público, a juntarse de manera secreta en la cueva donde hasta la llegada del nuevo día, ocurrían juergas memorables en “pequeño comité”. A partir de entonces lo escuché en directo siempre que pude en distintos lugares tanto en España como fuera, coincidiendo con él en capitales del mundo mientras yo ejercía todavía de modelo. A la par que mi enamoramiento de su toque iba creciendo, nuestra relación se convirtió en una amistad muy fecunda: le presenté a grandes músicos que se quedaron sobrecogidos por su arte, descubriendo con él un universo musical y un nivel asombroso, luego le rogaron participaciones mayormente para sus discos y, cuando sus agendas mutuas lo permitían, para directos. Cuando realicé mi “opera prima” en 1998, “Agujetas, cantaor”, tenía claro que quién tenía que acompañar al gran cantaor tenía que ser él y sólo él, tanto por la calidad única para acompañar ese tipo de cante, como por su presencia, su físico y su forma de ser tan artística hasta en las cosas más pequeñas. Además, la complicidad que teníamos con Moraíto era perfecta para lidiar ambos a ese “Miura” que era Manuel “Agujetas”.

Los archivos rodados: la Bulería y la entrevista íntima que tuvimos con Moraíto durante el rodaje de “Agujetas, cantaor”, aquello vino sin proponerme una meta concreta, obedecí a un deseo que iba creciendo en mí con fuerza mientras filmábamos. Un día que habíamos terminado el trabajo antes de lo previsto, pedí a la producción que me dejaran la tarde entera para filmar algo que no estaba destinado al retrato filmico de Manuel “Agujetas” que estábamos realizando. Se trataba de filmar a Moraíto solo, tocando lo que él quisiera y con quienes él quisiera, una de esas bulerías suyas que tienen un soniquete tan especial que muchos sueñan alcanzar o admiran como el mismo Paco de Lucía que siempre hablo de ello como un tesoro único e insuperable.

También quería filmar una charla completamente libre e íntima entre él y yo (fuera de campo, éramos 3 para alcanzar la máxima intimidad, aparte de nosotros únicamente el operador y director de fotografía, con un micro direccional y otro HF para Moraíto). El sí que recibimos de parte del productor que no estaba presente cuando le llegó la petición, supuso una alegría muy grande para nosotros. Aquella alegría, pensando hoy en lo que dio a luz, son de esas cosas que nos hacen pensar que todo estaba escrito. Moraíto llamó a sus compinches, los mejores palmeros de Jerez -luego quizás del 6 mundo.

Siguiendo nuestro deseo mutuo, grabamos la bulería entera en un solo plano, varias veces, hasta que él estuvo satisfecho. El hecho de conocernos desde tantos años y de rodar en tal intimidad, me dio la oportunidad de abordar con él muchos temas, incluso aquellos de los que no suelen hablar ya que los artistas gitanos tienen mucho pudor hacia un arte que es parte constitutiva de su existencia y de su legado privado y familiar. La entrevista se convirtió pues en una charla sencilla y profunda. Poco a poco Moraíto se iba olvidando de la presencia de la cámara. Tras la muerte de Moraíto, empezó a crecer en mí, cada vez con más fuerza, una idea: aquellas secuencias que en su día filmé sin saber exactamente para qué servirían, ¿no valdría la pena, ya que permanecían inéditas y han ido cobrando mayor valor al desaparecer él, hacer algo con ellas? La emoción que supuso para mí redescubrir estos brutos, tantos años después, y desaparecidos tanto Moraíto como J.Y. Escoffier, fue parecida a sentir una suerte de resurrección. Pude comprobar que los contenidos estaban tal y cómo los recordaba, con todo lo que Moraíto expresaba musicalmente, pero también lo que cuenta con sus propias palabras y su elocuente gestualidad, tan cinematográfica. Nada más terminar su visionado, empezó a dibujarse en mí la concepción de esa película.

Chícharo y el Bo

En esa concepción aparecieron enseguida dos artistas que, pese a no tener el protagonismo en el escenario por ser palmeros y responsables del jaleo, tienen un arte insustituible, musical, por supuesto, pero también en la vida misma. Se trata de Chicharito y del Bo; también nos une una amistad que se forjó de vivencias compartidas a lo largo de muchos años. Ambos tienen una presencia única, un humor prodigioso y sutil en el que se compenetran como un dúo perfecto, se hacen querer nada más verlos y escucharlos pues son entrañables y tiernos... hasta su guasa es tierna. También son mimos excepcionales y actores como se respira. De aquellos seres que poseen ese don, esa gracia que no dudo en llamar divina. Resultaban indispensables para constituir la base de la película: siendo los mejores amigos, los 8 más próximos a Moraíto -crecieron en las mismas casas de patios desde la niñez- pero además poseyendo aquellos talentos casi sobrenaturales capaces de resucitar a Moraíto. Pero otra vez vino la muerte rodeando... "los razonables han durado los apasionados han vivido". Con el deterioro de la salud del Bo, me vi obligada a adelantar el rodaje con ellos dos. No lo pudimos hacer como estaba previsto en el guion original, pero encontramos una solución que -creo que lo podrán comprobar- funciona muy bien, porque consigue a la vez concentrar y dar alas a su complicidad; gracias a nuestra confianza ellos también se olvidan de la cámara -es siempre mi meta secreta para que la entrega sea máxima y se pueda llegar a una autenticidad inalcanzable de otro modo, y más de parte de unos artistas que han pasado en ser maestros en la representación de sí

mismos, es decir: de lo que se espera de ellos, fuera pero incluso dentro de España, que no permite ir más allá de lo que no deja de ser clichés y una suerte de exotismo. Sin salir de una habitación, asomados a una ventana por donde ven pasar el día, Chícharo y Bo recuerdan a su compadre. A través de sus recuerdos, nos guían en este viaje al alma de su añorado amigo de toda su vida, del artista, del personaje, pero también de la persona Moraíto. La intimidad en esa habitación da pie a un emotivo viaje en el tiempo también gracias al hecho de que la memoria es parte de la cultura flamenca, uno de sus fundamentos. La emoción es grande y afloran las lágrimas seguidas de las risas y al revés, ya que el humor y la gravedad se dan la mano constantemente, remontando así en el tiempo hasta su infancia juntos, recordando más y más...

Estilo visual

En el inicio del film, que estará rodado íntegramente en blanco y negro, iremos descubriendo en un lento travelling desde el plano subjetivo de una persona que conduce y, por otro lado, el del copiloto, los caminos y carreteras de los alrededores de Jerez y así descubrir los paisajes que rodean la ciudad que será a continuación el escenario donde toda la evocación sucede: unos paisajes y unas viñas que son elocuentes para cualquiera. El contexto siempre es esencial pero además Moraíto ha sido el artista más arraigado y enamorado de su tierra y pueblo entre todos los que conocí. De ahí pasaremos a la acción que empieza enfocada en el letrero “Calle Moraíto chico” en el barrio de Santiago, precisamente donde el nació y creció. Y donde también nacieron y se criaron Chícharo y Bo: desde la más tierna niñez se conocen.

La idea principal de la película es que actúe como una metáfora de lo que supone el legado y la memoria en la transmisión del arte flamenco, mi 10 elección como cineasta siempre ha sido que sean la verdad y la espontaneidad las que se muestran ante el espectador y la historia se nutre de esa magia espontánea que tan bien sabe captar la cámara, y que se encarna en la pantalla. Para sentirnos como uno más en esa conversación, quise rodar en primeros planos que nos acercan a estas dos personas para sentirlas a nuestro lado, casi como si fuésemos una persona más recordando todas esas anécdotas. La escueta narración terminará en una proyección privada con sus tapas y sus vinos, cuyos anfitriones deberían haber sido ellos dos, pero ya que el Bo falleció en 2021, Chicharo será al amo del evento privado-casi secreto. Se trata de una proyección en “petit comité”, todos próximos a Moraíto. Ellos no sabrán a qué han sido invitados: es toda una sorpresa. Después de los reencuentros efusivos, del picar, del beber, etc., Chicharo pedirá silencio, desplegará una pantalla y lanzará una proyección sin que ningunos de los presentes tenga idea de qué se trata. Así en la pantalla, descubrirán, a la vez

que los espectadores, aquellos momentos grabados hace tantos años: será por primera vez para todos, incluido para Rafael y Gregorio que salen en la cinta.

Cómo ellos mismos, veremos el trabajo que hace el pasar de los años en los rostros de las personas. Poco a poco, se unirán en la emoción los amigos íntimos y familiares ahí presentes. Entre ellos, estará su hijo Diego, heredero del legado de su fabuloso toque. También descubrirá en directo lo que su padre dijo de él con un orgullo mezclado de una verdadera humildad, pero que transmite la fe que Moraíto tenía en el guitarrista que podría llegar a ser su hijo de seguir así... Y así ha sido. Luego esa proyección es también una celebración y se hará en un lugar emblemático dentro de la biografía de Moraíto, en el barrio de Santiago. Lo que anhelo con la película es captar, paralelamente al visionado de aquel hermoso documento, la verdadera emoción que les produce reencontrarse de repente con el padre, el esposo, el amigo, el compañero, el compinche de fiestas, el artista admirado, al descubrir el inspirado guitarrista en uno de los momentos grabados donde se expresa con mayor sinceridad, energía y naturalidad. Por este motivo, esta película debe mantenerse en secreto durante su producción y rodaje y será filmada con un equipo mínimo, guardando la máxima discreción. Cualquier filtración inadecuada nos dificultaría rodar en libertad y protegidos de la curiosidad, al fin de captar estos momentos espontáneos que por lo tanto no pueden ser ensayados y sin restarle intimidad. Al final de la película llegará el momento de la transmisión, del legado guitarrístico y emocional de padre a hijo -de Manuel a Diego- y su mensaje de esperanza, el espíritu con el que deseo impregnar este proyecto. Así pues, terminaremos con Diego del Morao tocando en solitario para él, con sumo gusto y concentración pasando con un fundido a una imagen fija de Moraíto dándose un salto por bulería en la que quedó atrapada toda su vitalidad.